
(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 20 años.

ENSAYOS HISTORICOS. PRIMER DISCURSO

HISTORIA DE ROMA

Registrando con cuidado los anales del mundo, revolviendo con detención la historia de todas las naciones que forman la gran familia del *género humano*, fijando en las páginas de que se compone el ojo penetrante del filósofo, que no contento con vagar por la superficie de los objetos que examina, desciende veloz como el rayo hasta el fondo, para allí reflexionar sobre las más insignificantes circunstancias, encontramos entre los mil pueblos que han habitado la tierra, y que habiéndose sucedido los unos á los otros como las olas del mar, han llegado á un punto en que como aquellas, se han destruido, no quedando de su existencia más que la memoria de los hechos, uno, que por la humildad de su cuna, por el desarrollo lento, pero vigoroso de sus fuerzas, por el sufrimiento en sus trabajos, por la grandeza de ánimo en sus adversidades, por la felicidad en sus atrevidas empresas, por la sabiduría de sus leyes, por la prudencia y valor de sus magistrados, y finalmente, por la magestad de que van acompañados todos sus pasos, que ha ascendido á ocupar uno de los principales lugares en que se hayan colocado los países más celebres. Ya conoceréis, Señores, que yo quiero hablaros del pueblo romano, de esa admirable nación que habiendo sojuzgado los

siglos, y sobrepuéstose á su poder, ha llegado á ser el objeto general de admiración de todos los hombres que han conocido el nombre romano. La capital de esta nación sorprendente, con una existencia de más de 27 siglos, ha tocado en sus extremidades con la barbarie é ignorancia de los tiempos primitivos, y con los refinamientos de la más culta civilización. La ciudad eterna, digna capital del pueblo rey, ha ocupado en todos tiempos un lugar prominente entre todas las capitales del mundo: porque si perdida ya, como dice Bustamante, la supremacía política de que gozaba, siendo los romanos los dominadores del Orbe, carece también de la supremacía teopolítica que ejerció en la edad media, cuando los papas realizaron por algún tiempo la monarquía casi universal, conserva todavía un puesto elevado, como residencia del Pontífice á quien reconocen como gefe de su religión, la quinta parte de los habitantes de la tierra. ¡Digna capital, repito, del pueblo rey, aquella cuya historia no es menos asombrosa que la de este y que ha sobrevivido á su ruina, conservando un lugar, siempre excelso!

La historia de este pueblo maravilloso, satisface todos los gustos del hombre: hechos grandes, sorprendentes, sublimes, al paso que llenan su curiosidad, le arrancan las lágrimas que no puede contener, al fijar su vista en los tiernos espectáculos que se hallan con frecuencia: modelos admirables de virtudes políticas y sociales hablan á su corazón; una política sostenida, firme, llena de sabiduría; una administración irrepreensible en todos los asuntos, suministran al filósofo, grandes y fecundos materiales donde pueda dejar á su pensamiento tomar toda la extensión que exigen las almas sublimes; y el azulado trasparente de un cielo puro, la hermosura deliciosa del terreno cortado por considerables ríos, los mil sitios pintorescos que él ofrece, el clima risueño, el aire embalsamado que allí se respira, embargando los sentidos del viajero que visita las soberbias

ruinas de esta nación, le hacen exclamar sorprendido: "aquí murieron mil ciudadanos romanos en defensa de su patria;" "aquí murió Escipión el Africano," etc., y la belleza de los objetos que rodean, y el recuerdo de los grandes hechos que ellos presenciaron, sumergen á su alma en un oceano de infinitas reflexiones.

El aspecto magestuoso con el pueblo rey se presenta ante los ojos de la posteridad; nos hace volver hácia él nuestras miradas; la grandeza del gigantesco imperio exita en nosotros la admiración y el asombro, porque al ver el cuadro que la historia nos traza de él, no nos vasta nuestra vista para examinar sus confines. Las fuertes simpatías que el corazón humano tiene por todo lo maravilloso y lo grande, nos une con vínculos tanto más fuertes con él, cuanto más admirables son para nosotros los hechos que produjo . . . Esto basta para explicar la preferencia que yo he hecho de la historia de Roma, con respecto á las de los otros pueblos; pero no es esto todo: la utilidad inestimable que el estudio de aquella, proporciona, utilidad que las de otras naciones, tal vez, no dejan, ha sido para mí un motivo para elegirla y hacer mis ensayos históricos. Pero, me pregunto á mí mismo: ¿podré abrigar la convicción de que estos sean de alguna utilidad á mis consocios? ¿podré estar seguro de que mi narración léjos de fastidiarles, les interese? Yo resuelvo estas dudas por la negativa: las razones que para hacerlo así me asisten, son demasiado obvias, para que no las percibiera; pero en medio del desconuelo que esto me produce, me reanima la persuasión de que haré todo lo que mis fuerzas me permitan para interesar de alguna manera á mis oyentes: mi ambición no se dirige á más: y si el inmortal autor de la Oisea, queriendo llenar los siglos con la fama de su nombre, no perdonaba trabajo alguno para llenar sus deseos, yo, por ser de algún modo útil é interesante en mis trabajos á mis consocios; no

descansaré un instante; ya os lo he dicho: estos son los límites de mi ambición.

Extraño parecería, tal vez, que el que quiere ocuparse de la historia de Roma, comience su narración por unos tiempos en que esta no existía aún; se juzgará, tal vez, que el hablar de la época anterior á su existencia, es extravagante y aun ridículo, pero no es así; el navegante que pretende conocer un río, no se consuela con detener sus pasos en el punto que este, por la cantidad de sus aguas, se presenta más á propósito para su objeto: él ascenderá hasta su origen y luego volverá sus pasos hasta el punto que el oceano reciba sus aguas; el que desée conocer una cosa, debe remontarse hasta su principio. Hagámoslo, pues, nosotros con la historia de Roma, para conocerla á fondo.

La oscuridad incierta que rodea por lo común, al nacimiento de los pueblos, nos impide conocer con claridad su origen: la historia cede su lugar á las fábulas que á él acompañan, y al través de ellas no podemos conocer los hechos, sino con demasiada imperfección. Los que primero habitaron el país, llamado en la actualidad Italia, no se dejan ver con la claridad bastante para no poder formar de ellos el mismo juicio. Hay historiadores que supongan, que los *ilirios* y *céltas*, abandonando su país, por el hermoso clima de la Italia, fueron los que la poblaron; yo prescindo de examinar el fundamento de esta congetura, tal vez más incierto que ella misma. Dionisio de Halicarnaso, nos dice de los primeros habitantes de este país, que fueron los *sículos*, nación bárbara y de origen desconocido; los *latinos* que á estos sucedieron, traen su origen de la Grecia: varias colonias de este país, llegaron en diversos tiempos á la Italia, sin que podamos dudar, que una multitud de colonias de este país llegó sucesivamente á la Italia. Muchísimo tiempo antes del sitio de Troya, vino á establecerse en este país una colonia de *arcades* mandada por *Ænotros*, de don-

de él tomó el nombre de Æenotria. De Italo descendiente de este, recibió el nombre que ahora lleva.

Algunos años después, una colonia de *pelasgos* arrojados de la Tesalia, se unió con los aborígenes, descendientes de los *arcades*. Esta unión fué en extremo perjudicial á los *sículos*, pues fundados en su mayor número, arrojaron á estos del suelo que habitaban y que pasaron después á la isla de Tinacria, que ahora se llama Sicilia. Cerca de un siglo antes de la guerra troyana [1244 a. j.], Evandro llegó con una segunda colonia de *arécides* á la Italia; Fauno, rey de los aborígenes, les concedió un terreno en el monte Palatino. Por este tiempo, Hércules precedido ya de la fama de su nombre, y temido en todas partes por su poder irresistible, llegó á Italia; dió muerte al ladrón Baco y por gratitud á este beneficio, se le erigieron altares; enseñó él mismo á los aborígenes el rito griego; estableció familias sacerdotales de los Poticios y Pinarios, las que eran de las más nobles. Después de 50 años de la partida de Hércules [1182 á. j.], Latino, su hijo, ocupaba el trono de los aborígenes: á estos les dió el nombre de latinos, y al país que habitaban le llamó Latium. No faltan quienes juzguen que este nombre les vino de la palabra latina *latere*, por ser ahí el lugar en que Saturno se ocultó cuando su hijo lo perseguía.

En el reinado de Latino, se cree que Enéas, juntamente con sus troyanos abordó en el país de los latinos, llevando consigo las estatuas de sus dioses, y el Paladio que después se colocó en el templo de Vesta. Los aborígenes se disponían ya para arrojar á estos extranjeros de las playas que se habían atrevido usurpar, cuando Latino, su rey, sabedor de todas las desgracias que á Enéas y sus compañeros habían acaecido, se compadece de ellos, y léjos de recibirlos hostilmente, les concedió un terreno donde pudiesen habitar; con la mira de unir mutuamente los intereses de ambas naciones, Latino dió al héroe troyano á su hija Lavinia

para que contrajese matrimonio. Turno, rey de los *rútulos* se creyó injuriado con este hecho, pues á él estaba ya prometida la mano de Lavinia: declaró en el instante la guerra tanto á Latino como á Enéas: la victoria se declaró en contra de Turno, pero sus contrarios perdieron á Latino, gefe entonces de aquella expedición. No contento aquel rey con el fin que la guerra había tenido, convocó á Mesenio, rey de Etruria [hoy Toscana], y entre ambos la continuaron. Enéas los venció: dió muerte á Turno, pero él no le sobrevivió muchos días: después de su muerte, fué adorado bajo el nombre de Júpiter Indígete.

Lavinia gobernó después de su muerte, en Lavinio, (ciudad que aquel fundó) por la falta de edad de Ascanio: la prudencia y habilidad de esta princesa, produjeron los más felices resultados. Lavinio estaba en un floreciente estado, cuando el sucesor al trono fué ya capaz de llevar por sí mismo las riendas del gobierno. Este no quiso privar á su madre de un estado, que por sus trabajos lo había llevado á tal grado de esplendor: se retiró al monte Albano según M. Rollin y allí estableció una ciudad que llamó Alba la larga, porque según dice este autor, "situada á un lado del monte, se extendía en longitud." En concepto de Dionisio de Halicarnaso, el reino de Alba duró 430 años, hasta la fundación de Roma. El poder de los latinos había llegado á tal estado pocos años después del establecimiento de la ciudad de Alba, que todos los pueblos vecinos los respetaban, aun los mismos etruscos que antes eran sus enemigos. Por medio de un tratado de paz, las dos naciones fijaron los límites de sus respectivos territorios en el río Albula (el actual Tiber.)

Después de Ascanio, reinaron sucesivamente Silvio, Enéas Silvio, Latino que fundó algunas colonias con el nombre de *antiguos latinos*, Alba, Atis, Capis, Capeto, Tiberio que dió su nombre al Abulo por haberse ahogado en él, Agripa, Rómulo Silvio, Aventino el que por haber sido en

terrado en monte cercano, le dió su mismo nombre bajo el cual es conocido, y Procas.

A su muerte dejó dos hijos: Numitor y Amulio. Era aquel el legítimo heredero del trono, tanto por ser el mayor, como porque las disposiciones del difunto rey le concedían este derecho; pero Amulio demasiado ambicioso, sin respetar nada, usurpó el trono á su hermano, y para desterrar de su ánimo toda clase de temor, el tirano se manchó con la sangre de egestio, su sobrino, é hizo que Rea, hermana de este fuese admitida en el número de las vestales para impedirle así el que pudiese tener sucesión; pero no contento con esta sola precaución, la violó, para que acusada pudiese ser condenada á muerte. ¡Tal es el poder de la maldad! El hombre que no tiembla al ver correr la sangre de su familia que el ha derramado, difícilmente puede ser contenido en la carrera del crimen. Rómulo y Remo, fueron el fruto de este crimen. Rea trató de salvar su vida diciendo que el dios Marte era el padre de aquellos gemelos. Esto no fué bastante para que Amulio la dejase sin castigo; fué puesta en una estrecha prisión y sus dos hijos se arrojaron al Tíber.

Este había inundado las tierras inmediatas: puesta la cuna de los dos niños sobre las aguas estancadas, se libertó de haber sido sumergida por el ímpetu de la corriente; cuando abandonaron el lugar que ocupaban retirándose á su antiguo cauce, dejaron en tierra la cuna que sostenían. La fábula dice, que una loba compadecida de los gritos de aquellos niños, les dió de mamar, y que una ave les provió de alimento. Un hombre presenciaba esta tierna escena: era Faustulo que cuidaba los rebaños del rey: queriendo no ser más insensible que esta fiera, los tomó bajo su protección y los llevó á su casa para que Laurencia, su mujer, los cuidase. La dureza, y casi ferocidad genial de esta mujer, hizo que los pastores la llamasen *loba*, y este hecho

que la historia ha conservado, explica el origen de aquella fábula.

Plutarco asegura, que su educación la recibieron en Etruria; pero no por esto debemos creer que no vivieron algún tiempo entre los pastores. En su juventud se distinguían por su fuerza y valor: para ejercitar aquella y aumentar este con los peligros, se dedicaron á la persecución de las fieras de los bosques, y de los ladrones de los caminos. La fama publicaba sus hazañas, y pronto gran número de valientes que quisieron dividir con ellos la gloria, por la participación del peligro, se les unieron: esta asamblea celebraba también juegos y fiestas. Una vez, que la fiesta de las Lupercales, establecida por Evandro á la llegada de Hércules á la Italia, se celebraba, una cuadrilla de salteadores la sorprendió. Remo cayó prisionero: sus vencedores lo llevaron ante el rey Amulio y le acusaron de que robaba en compañía de su hermano y otros, las tierras de Numitor; el rey lo mando á cste para que lo juzgara. En el momento Faustulo declaró á Rómulo el peligro en que estaba Remo. Numitor, después de algunas preguntas, averiguó el secreto del nacimiento de los dos gemelos, y los reconoce con júbilo por sus nietos; estos y su abuelo, se pusieron de acuerdo para despojar al tirano del trono que poseía sin ningún derecho. Remo, al frente de los criados de Numitor se une con el ejército de su hermano, y llegan al palacio, y sorprendido Amulio, sin poderse defender, fué muerto allí mismo.

Numitor reunió á los albanos bajo el pretexto de oponerse á los conjurados: refirió luego al pueblo la muerte de Amulio, sus crímenes y la salvación maravillosa de sus nietos; entonces todos reciben en triunfo á los que se decían conjurados, y todos felicitándose mutuamente por haberse libertado del tirano, dan gustosos el trono á Numitor. Remo y Rómulo formaron la empresa de fundar una nueva ciudad.

Hé aquí el imperfecto cuadro que la historia nos traza de los tiempos anteriores á la fundación de Roma: hechos oscuros, inciertos, inconexos, esto es lo que forma la parte de la historia de aquella época; ya lo he dicho, esta no comprendía en sus vastos dominios á la Italia antes que la dominadora del Orbe existiera; más de 27 siglos se han acumulado sobre estos pueblos y la oscuridad que les rodea es impenetrable; en vano el hombre tratará de sondear el abismo de los tiempos, la sola presencia de los siglos le derriba y le anonada; él se convence de su impotencia Si la historia de estos tiempos carece de exactitud y perfección en la narración de los hechos, es todavía más oscuro el cuadro que nos describe de la religión, costumbres, gobierno, etc. La parte más esencial, la que de preferencia debe ocupar nuestra atención en el estudio de aquella, la encontramos tan imperfecta en estos tiempos, que podemos conocer las cosas más notables allí practicadas. Yo debo, sin embargo hablar de ellas, por que la narración que hasta aquí he hecho, no es por sí sola, capaz de hacer formar una idea de estas naciones; es preciso descender á pormenores, examinar su religión, gobierno, etc. para así conocer los principios morales que dan existencia á los estados, las causas que los engrandecen ó destruyen; en una palabra, conocer el espíritu dominante de las naciones, que es el fin con que debemos procurar estudiar la historia, mas bien que el de satisfacer una pueril curiosidad que solo busca hechos que llamen su atención.

Dionisio Halicarnaso nos dice, que la religión de todos estos pueblos que habitaron la Italia, era la misma que los griegos profesaban; aunque sin embargo, no admitieron como estos, las mil fábulas que hacían de los dioses un objeto de menosprecio ó de odio. Deseosas estas naciones de conocer lo futuro, creyeron conseguirlo, inventando mil sistemas de adivinación tan ridículos como vanos; mil su-

persticiones groseras eran la base de esta creencia errónea; las cosas más insignificantes inquietaban los ánimos más esclarecidos, el encuentro de un animal destructor hacía temblar al que había tenido la desgracia de hallarlo. Servían de presagios la vista de ciertos animales, la unión par ó impar de las piedras, que la casualidad hacía, el número de los animales que se encontraban, los truenos, la dirección de los relámpagos, el vuelo de las aves, etc. Los *augures* y *áuspices* eran muy usados también: á los presagios que se hacían atendiendo al grito de las aves se les daba el primer nombre; y se llamaban *áuspices* los que tenían por fundamento el vuelo, la dirección, etc. de las mismas. Los que se jactaban de conocer lo futuro por el examen de las entrañas de las víctimas, se les decía *arúspices*. Los sacerdotes, aprovechándose de estas supersticiones, decían que los presagios malos los podían cambiar en buenos. Exigían sacrificios aun de hermanos, para aplacar la cólera celeste. El imperio de la superstición había allí extendido su dominio: multitud de deidades recibían los homenajes del hombre: cada pueblo tenía su dios protector, cuyo nombre se ocultaba para que los enemigos no lo pudieran invocar y así hacerle perjuicio: cada casa tenía sus dioses tutelares ó penates. Todos estos errores, extendiendo su influjo á todos los actos así públicos como privados, tiranizaban de una manera horrorosa á estos pueblos: ha sido, sin embargo, una tiranía que han sufrido todas las naciones que se olvidaron de la sencilla religión que Dios les había enseñado. ¡Miserable humanidad! La historia no puede hablar de los sucesos que acompañaron á la fundación de las sociedades y ya nos muestra los crímenes que con ella se manchó; la oscuridad de los tiempos rodea á aquellos, y estos por la repetición con que se hicieron ya son conocidos!!

Sus costumbres eran las que son propias de los pueblos que comienzan á fundar las sociedades: el suave clima del

país que habitaban, debió ejercer una influencia muy directa en ellos; sus costumbres pues, si en algún tiempo fueron bárbaras debieron ser bien pronto suavizadas.

Su gobierno era generalmente monárquico: la libertad é independencia de que goza el hombre de las selvas, ocasionó que la autoridad rey fuese limitada, porque aquellos pueblos que pasaban del estado salvaje á la sociedad, difícilmente se hubieran acomodado á un gobierno tirano. Las ideas, las costumbres que el hombre adquiere en sus primeros años, reglan las acciones de toda su vida, y descenden con él al sepulcro. Podemos creer que la debilidad que este sentimiento de independencia individual recibía diariamente, á causa de las nuevas ideas que despertaba en ellos su nuevo estado, robusteció á la autoridad del rey, pues todo lo que aquella perdía disminuyéndose esta, ganaba aumentándosele.

En cuanto á los adelantos que estos pueblos hicieron en las ciencias y artes, ya se deja ver que apenas conocerían aquellas que son de primera necesidad para la vida. En la infancia, ó mejor dicho, en la niñez de las naciones así como en la de los individuos, no debemos buscar muchos progresos: satisfacer sus propias necesidades, hé ahí toda su ciencia. Los etruscos, sin embargo, avanzaron más en el camino de las ciencias y artes, pues de todas las partes de la Italia eran enviados los jóvenes para que allí estudiassen. Los monumentos que se conservan dan á esta opinión, un fuerte apoyo.

Hé aquí, Señores, en pocas palabras, lo que la historia nos dice de los tiempos que precedieron á la fundación de Roma: hé aquí lo que es preciso saber para formarnos la idea más aproximada que podemos de ellos. Importante, en verdad, deben sernos los conocimientos que hemos adquirido de aquellos pueblos remotos, no tanto por el interés que ellos mismos nos presenten, cuanto porque de ellos

salió el pueblo romano, heredando, por consiguiente, sus costumbres, religión, leyes, etc. Yo he procurado presentar ante vuestra vista todo lo que pueda ser necesario para que conozcaís el origen de aquel: he hecho todo lo que ha estado á mi alcance para conseguir el fin que me he propuesto. ¡Dichoso yo, si lo he alcanzado!